

matices, y las llamaradas de él iban á la pasión. La embriaguez que de ellos se apoderó era más igual, más dibujada, pero siempre embriaguez. El marido que estaba en las Antillas murió. Mas ya era tarde; se encontraban tan dichosos, tan amantes del pasado, que temieron alterar una situación definida de la que desaparecía el último recelo. Además su hija había crecido y en el matrimonio de ella era en el que había que pensar. En efecto, se casó, y murió del parto de su primer hijo. Esto fué un gran dolor y los lazos entre ellos, se estrecharon aun más si era posible. Así avanzaban hacia los años que pueden llamarse *crepusculares* y en los que el velo debe cubrir todas las cosas en esta vida, aun los mismos sentimientos que cada día fueron más hondos y más sagrados.

15 de Marzo 1837.

CHRISTEL

Durante el invierno de 1819, hacia el final de Febrero, una madre y una hija llegaron á una pequeña aldea del Perche para establecerse en un despacho de Correos, que graves quejas contra el predecesor, habían dejado vacante. Llegaron por la noche, y desde el día siguiente ocupaban, en la calle que continúa la plaza, la misma casita en donde había estado establecido el despacho. El alquiler de esta casa le había sido cedido, y la pieza del piso bajo se convirtió en su residencia habitual.

Después de algunos pequeños cambios que hicieron ejecutar, la distribución del despacho era la siguiente: la habitación con dos ventanas no tenía entrada por la calle, la puerta exterior era la de la antigua avenida, cuyo muro, por el lado del cuarto, había sido abierto y en cuya abertura colocaron una verja de madera por donde tomaban y daban las cartas. A continuación de esta verja, una puerta enverjada también daba acceso al despacho.

Las dos personas que ocupaban esta humilde y gravosa posición, y que pasaban los largos días sin murmullos en estas ventanas, eran personas poco acostumbradas á ello por su vida anterior. La baronesa de M... viuda de un jefe de escuadrón muerto en 1815 de penas y de fatiga después del desastre de los Cien Días, era alemana de nacimiento. Encontrada en Lintz, amada y raptada por su gusto por M. M..., entonces teniente á las órdenes de Moreau, se ha disgustado para toda la vida con su muy noble familia y había seguido á su marido por todas las diversas comarcas. Su hija, nacida en Suíza, había dorado más

tarde su infancia bajo el sol espléndido de España. Esta linda joven, que acababa de cumplir diez y ocho años, era el único cuidado de su madre. A la muerte de M. M..., sin fortuna, sin pensión, la orgullosa y noble viuda había vivido durante dos años de la venta de algunas alhajas, restos de una situación brillante. Lo prefería todo á reanudar la comunicación con su familia de Alemania, de diez cuarteles en el escudo, que hasta después del matrimonio de María Luisa, no le había perdonado. La estrechez amenazadora, la vista de su hija iban á forzarla á escribirles, cuando la llegada del general Dessolle al ministerio fué un rayo de esperanza, pues su marido había servido á sus órdenes. El general, en espera de algo mejor, les otorgó este despacho de Correos.

Hacia dos meses próximamente que la madre y la hija cumplían la misión que era su único recurso en el presente y casi la última perspectiva para el porvenir (se decía que M. Dessolle se retiraba), y su vida así establecida parecía que había de ser igual mucho tiempo. No salían, no tenían ninguna amistad en el pueblo, y una antigua criada las servía. La madre enferma, no se movía de una butaca colocada al lado de la ventana. En cuanto se abría la puerta y aparecía en el fondo una cara, la muchacha estaba de pie, muy servicial (como si hubiese sido educada para aquello), recibiendo con su blanca mano el dinero del labriego. Los días de mercado, particularmente, contestaba á todos y á todo, y algunas veces les ayudaba á escribir el sobre y aun las cartas. Pronto fué conocida y respetada por las gentes de los alrededores, bien que fuesen de una fibra en general ingrata y dura.

Un día, una tarde, mientras que su madre después de la comida dormitaba, como le ocurría con frecuencia la muchacha *Christel* (1), pensativa, atenta al primer rayo de sol primaveral que entraba en la habitación, arreglaba distraídamente las cartas recibidas, la

(1) *Christel* en las baladas del Norte, es algo más dulce que *Cristina*.

mayor parte para distribuir y otras para guardarlas en la lista. Entre estas últimas observó que había tres con la misma dirección, la del conde Hervé de T..., y las tres escritas por la misma mano, por una mano que parecía elegante, de mujer, y misteriosa. Entre aquellos papeles groseros, la limpieza del doblez la separaba y decía que una uña delicada había pasado por él. El perfume fino que exhalaba, indicaba más el lugar embalsamado de donde había salido el triple mensaje. Estas pequeñas huellas, hicieron sentir á Christel, la pérdida de la vida elevada y distinguida para la que había nacido. Muchacha sencilla, generosa, capaz de todos los deberes y de todos los sacrificios; tenía en el fondo una distinción original, más de una gota de sangre de los nobles abuelos de su madre que se mezclaba sin perderse á todas las franquezas de una naturaleza ingenua y á las justas nociones de una educación sana. Su sumisión á la suerte, disimulaba el íntimo orgullo, así como su sencillez corriente permitía todas las gracias. Christel sufría y ese día sufrió más. Se ocultaba cuidadosamente de su madre, y por miedo á delatarse, trataba de no confesarlo ni á ella misma, más que durante la hora de sueño que la dejaba como á solas con su tristeza.

Christel no había amado ni pensaba amar más que á su madre; no la abandonó más que un año para ir á Ecouen, el último año de existencia de esta casa. Los dolores de su patria francesa ocupaban un gran lugar en su alma joven, y cubrían para ella lo vago de otros sentimientos. Sin embargo, los frescos recuerdos de la infancia que evocaba en esta hora, los bellos lugares que había atravesado, tal bosque de Alsacia ó tal balcón de Burgos, los mil ecos de la fanfarría militar en el laberinto cubierto de césped de un jardín, ya no existían, sino como un preludio, como un cuadro movido por el que ella esperaba sin darse cuenta, y que no venía. Christel cogió las tres cartas y las puso aparte en un rincón del despacho para que no se manchasen con las otras. ¡Qué saludo vehemente, que

llamamiento repetido, qué lindo canto de Abril debían guardar para aquel que las leyere! Apenas acababa de depositarlas, entró un hombre joven, y descubriéndose respetuosamente detrás de la verja, preguntó si no había cartas al nombre que pronunció. Christel, en el momento en que se abrió la puerta abandonó su sitio, y se lanzó hacia el visitante como hacia con todos (temiendo la pobre niña no ser bastante servicial). Ante la pregunta, respondió *si* sin haber tenido necesidad de mirar en el despacho, y al darse cuenta de la rápida respuesta entregó las cartas enrojeciendo.

El conde Hervé estaba muy ocupado con lo que recibía para darse cuenta de nada. Salió saludando y cuando pasó por delante de la ventana Christel vió que ya había roto uno de los lacres, y que comenzaba á leer ávidamente lo que parecía con tanta urgencia esperarle.

Otras cartas vinieron en los días siguientes y el conde volvió educado, silencioso embebecido en lo que recibía. Un singular interés se despertó en Christel, pues sin duda era un joven que amaba y que era amado. El conde Hervé no tenía veintiocho años, era guapo, buen mozo, había servido algún tiempo en la guardia de honor y después en los mosqueteros, creo que en 1814. Desde hacía varios meses había abandonado el servicio, París y la sociedad; para vivir en una finca de su padre á una legua de allí. Pertenecía á una de las más antiguas y nobles familias del país. Christel no supo estos detalles sino sucesivamente y sin hacer nada por averiguarlos; pero aunque su madre y ella no recibían á nadie, los simples diálogos de las vecinas siempre atentas cuando el joven llegaba á galope hasta la plaza y dejaba su cabalgadura atada á un árbol, había bastado para instruirle. ¿Es interés de Christel por una situación que adivinó desde el primer momento ó fué puramente curioso y si podemos decirlo así *desinteresado*? ¿No vinieron poco después ciertos sufrimientos y cierta turbación? ¿Ella misma lo supo nunca? Lo que sí es cierto, es que un día agitandó entre sus manos unas de aquellas

cartitas olorosas y cuidadas, se sintió sangrar como de una repentina herida y se sintió envenenada por el perfume. Este día las entregó enrojeciendo como una amapola, y luego palideciendo de repente. Le amaba.

¡ Amor, amor! ¿ Quién podrá sondear uno sólo de tus misterios? Desde el nacimiento del mundo y su brotar bajo tu ala, los suscitas siempre inagotados en los corazones y tú los varias. Cada generación de juventud comienza como en el Edén y te invoca con el encanto y la potencia de los primeros dones. Todo se perpetúa, todo se reanima en cada Primavera, y nada se parece y cada uno de tus milagros es siempre nuevo. El más incomprensible y el más mágico de los amores, es aquel que se ve y, si es posible, aquel que se presiente. No digáis que no nace nada más que una vez por un mismo objeto en un mismo corazón, pues yo sé que las cenizas vuelven á inflamarse y sé de alguno que ha tenido dos primaveras. No digáis que no nace con una sola mirada y que la amistad una vez ligada se opone, pues un poeta que conocía tan bien la ternura ha dicho :

Ah ! qu'il est bien peu vrai que ce qu'on doit aimer,
Aussitôt qu'on le voit, prend droit de nous charmer,
Et qu'un premier coup d'œil allume en nous les flammes
Où le Ciel, en naissant, a destiné nos âmes (1).

Dante, Petrarca, esos melodiosos amantes han podido notar el año, el mes y la hora en que el dios les visitó; ellos han tenido la chispa rápida y sagrada, el relámpago luminoso. Otro tan sincero, después de dos años de tardanza, ha podido decir :

Tout me vint de l'aveugle habitude et du temps.
Au lieu d'un dard au cœur comme les combattants,
J'eus le venin caché que le miel insinue,
Les tortueux délais d'une plaie inconnue,
La langueur irritante où se bercent les sens;
Tourments moins glorieux, moins beaux, moins innocents,
Mais plus réels au fond pour la moelle qui crie,
Qu'une resplendissante et prompte idolâtrie !

1 Molière (*Princesse d'Elide*, acto I escena I).

Cada uno á su vez se cree el mejor amante y el más tocado por el ala del dios. La juventud piensa que esos queridos huracanes no son completos más que para ella, ¡pero esperad! la edad madura, en su retraso, si se los encuentra, los acusará más violentos. Así, cada uno ama con un amor soberano y perfecto, si ama verdaderamente.

¿Por qué Christel amó al conde Hervé? ¿Por qué aquel segundo día le admiró tan apasionadamente? Llega, saluda, no es más que friamente cortés ni una palabra inútil ni una mirada. Ella no le conoce más que de nombre y por una información debida á los vecinos. Le admiró por esa sencilla necesidad de admirar que hay en el amor. ¿Qué ha hecho pues para esto? ¿Cómo si para ser amado hubiese que merecerlo! Es bello, joven, evidentemente fiel y acaso desgraciado, ¿qué más hace falta? Tiene gracia á caballo cuando pasa por delante de las ventanas y que ella le ve montar. Le parece que ya conoce todo lo de él, y cómo confiaría firmemente en él si ella fuese aquella que ama.

Estas cartas continuas eran como un fuego que circulaba por sus manos y que iba derecho al corazón. El correo de París llegaba á las dos y media, después de comer, cuando su madre comenzaba á dormir; Christel arreglaba la correspondencia que había de salir y la tenía entre sus manos mucho tiempo, temblando, como si hiciese algo prohibido. La tenía así hasta que su madre se despertaba ó hasta que él venía á las cuatro como acostumbraba. Había acabado por leer corrientemente el pensamiento del sello de lacre que variaba sin cesar con capricho, fácil blasón de la coquetería más que del amor y que no pide más que de ser comprendido. El sello del día le indicaba bien el matiz del sentimiento que había de transmitir, y hacía más cruel su tormento.

Algunas veces quería abusar; el sello de lacre rosa adoptaba la forma de una *flor*, un *pensamiento*, alto y derecho como un lis. Acaso sea un lis y no un pensa-

miento, se decía. Pero al día siguiente el *perro* fiel y acostado no le dejaba ninguna duda y le perseguía con tristes y amargas languideces. El *león* tranquilo la hacía soñar, y otras el sello sin ninguna forma la dejaba respirar libremente. Un día vió una calavera y dos tibias en cruz y se dijo: ¿Es en serio ó en broma? ¿Se anuncia así el dolor?

Tampoco había tardado en distinguir entre todas, las cartas que él escribía, unas veces puestas en el buzón por él mismo, y otras, traídas por un criado. Aquellas cartas eran sencillas, bajo sobre, sin sello de lacre dirigidas á París, lista de Correos á nombre de una mujer que no debía ser el verdadero, y parecía que eran serias. ¡Con cuánta emoción las apretaba el ponerles el sello!

¿Cuál era este amor que ocupaba tanto al conde Hervé, que le había arrancado á los placeres de una vida brillante y relegado desde hacía seis meses en el campo con un solo pensamiento? Poco nos importa, y este relato sería demasiado parecido á esos de uniones incompletas y abortadas. Una mujer de alta categoría le había hecho concesiones y aparentaba amarle ó lo había creído. Obstáculos que sobrevinieron habían decidido á él á confinarse en aquel destierro fiel. Desde entonces parecía amarle más y se lo repetía constantemente. Pero poco á poco los obstáculos ó las distracciones habían llevado á ella á la *amistad* (gran palabra de las mujeres para admitir y para despedir el amor) y llegó á olvidar lo más dulces promesas escritas y hechas frente á frente y no solamente con la boca.

Aun no habían llegado á esto pero, sin embargo, ya se notaba cierta tardanza en las cartas. Hervé parecía adivinarlo no viniendo al Correo, ó viniendo en vano.

Cuando la correspondencia iba bien, cuando los sellos de París traían un pensamiento (pues decididamente, por muy realista que se le quisiera hacer aquello no era un lis), cuando el correo tenía una respuesta de Hervé, Christel era presa de una ansiedad cruel y le parecía que el correo que llevaba la carta le

arrancaba á ella lo más tierno de su alma, la sola encantadora esperanza de su juventud.

Pero si las cartas de París tardaban, si venía más de una vez inútilmente, si cortés, discreto silencioso siempre, limitándose á la indispensable pregunta había hecho traición á su angustia con un movimiento impaciente de labios. Christel le compadecía y sufría por él y por ella á la vez. Pálida y temblorosa en su presencia, sin que él lo notase, le entregaba la carta retrasada á él pálido y tembloroso también por lo que temía ó por lo que esperaba. Ella quería la carta dichosa y él la tenía dichosa, y su corazón se desgarraba si le veía sonreír al leer las primeras líneas, pero si él parecía triste al final ella se sentía más triste y desconsolada. (Cuando la carta era esperada muchos días la leía en el mismo despacho).

¡ Oh, si después, alguna muchacha labriega traía alguna carta para un soldado dándosela avergonzada y enrojeciendo hasta los ojos, ella también enrojecía y murmuraba : ¡ Como yo !

Hacia aquel tiempo, un muchacho hijo de un rico notario del lugar para quien Madama M. trajo una carta de recomendación, pero que luego no había cultivado, pareció desear entrar en casa de la dama y obtener el permiso para visitarla. La intención era evidente. Madama M. sondeó aquella noche á su hija, pero esta, á las primeras palabra, se echó en sus brazos y besándola la suplicó que no se volviese á hablar de aquello ni de nada parecido. La madre no insistió más, pero, ante tan rotunda negativa y otras señales que su juicio silencioso habían sorprendido, desde hacía algún tiempo, comprendió.

Sin embargo, el conde vino durante dos meses varias veces por semana, y entre él y Christel no había ocurrido nada exterior que fuese apreciable sino para la sagacidad de un corazón interesado. Para adivinar que hay una pasión en juego es preciso ser madre, una madre prudente, inquieta y enferma que vislumbra la probabilidad terrible de abandonar dema-

siado pronto á su hija. El mismo Hervé, apenas si se había fijado al entrar en aquel cuarto, en la muchachita mensajera de su amor. Ella tuvo de esto la prueba bien cruel. Era un domingo y había salido á dar un paseo con su madre, cosa que no hacían con frecuencia. Caminaban con paso lento por la carretera, en aquel paraje muy agradable desde el que se veía los campos regados y cortados como por infinitos riachuelos, y más allá.

Allá en el horizonte,
Los montes ondulados.

Había mucha gente en la carretera. A lo lejos vieron venir á caballo al conde Hervé. Era la hora de costumbre de su visita y en el despacho le esperaba una carta. Christel temblando se apoyó en el brazo de su madre. Hervé pasó por el centro de la carretera trotando, las miró algo fijamente, pero no habiéndolas visto nunca en la calle ni habiendo, nunca pensado aparentemente en lo que podría ser Christel con su talle esbelto y en plena luz, no las reconoció á tiempo y no las saludó. Diez minutos después las volvió á encontrar al regreso y entonces las saludó.

¿ Qué hace, pues, el corazón en ciertos momentos, y cuáles son sus distracciones extrañas? Absorbido en una cosa y como ciego no discierne nada á su lado. Mil veces hemos visto en la viejas novelas que al paje mensajero del amor, con su gracia adolescente hace olvidar á la dama del castillo á aquel que le envía. Los brillantes embajadores de los reyes, cerca de las bellas prometidas que van á buscar á países lejanos, han gozado con frecuencia de las primicias de sus corazones. En este caso es una muchacha bonita la mensajera elegante, ardiente, conmovida, alarmada, leyendo desde hace dos meses la muerte ó la vida en sus miradas y el mozo no ha visto nada. Bien es verdad que no se presenta sino con un vestido sencillo, sin otra flor que ella misma, detrás de los barrotes no

dorados, en una habitación estrecha y casi oscura... mas ¿no la alumbra ella?

Christel tenía momentos terribles, humillados, amargos; la languidez y al ensueño del principio habían desaparecido ya, el recuerdo de lo que ella era le hacía salir la sangre á las mejillas y se preguntaba por qué se devoraba así. Hacía llamamiento en su estrechez, no á sus placeres antiguos, ni á sus graciosos amores de muchacha, ni á sus lecturas queridas (todo esto era insuficiente y desde hacía mucho tiempo perdido para ella) sino á sentimientos más viriles y más hondos, á su culto á la patria. Se representaba á su padre, la bandera bajo la que había combatido, el duelo de la invasión; excitaba y provocaba en ella el orgullo herido de los vencidos, intentaba implicar en la intimidad de sus represalias al joven y noble mosquetero de 1814; pero, en vano: el resorte en su mano no obedecía, el amor que se complace en pelear las banderas se reía de las cóleras ficticias. El mismo Emperador, evocado en persona sentado en su roca, no podía nada. Quería ver despacio por parte de Hervé, orgullo insolente y no su conducta tratando de irritarse contra él, pero esto era peor, pues ese pretendido desdén se le clavaba más cruel en su corazón.

¿Cómo olvidar? ¿Cómo huir de ella misma y aislarse del incendio interior que la devoraba? Echaba en un rincón aquellas cartas odiosas y se juraba no volver á verlas ni á tocarlas. Si al menos hubiese podido salir, distraerse con la gente, bailar y aturdirse como la más frívola en el torbellino insensato, ó, mejor, escaparse y correr por el bosque como una gacela, y buscar, si existe el consuelo en los antros secretos del seno de la eterna naturaleza.

¡Dioses! ¡Cómo deseo sentarme á la sombra de los bosques!

Pero no, todavía no, su jaula la sujeta; es preciso que permanezca encerrada tras de aquella verja, cerca del lento veneno que pasa por sus manos y la mata, convertida en instrumento dócil y mudo de su propio

martirio. Lágrimas de impotencia, de celos, de humillación y de vergüenza abrasan sus mejillas, y al caer dentro de su alma lo devastan todo, la vida, la esperanza, la fescura del bosque del recuerdo. Pero si él entra, si aparece en aquel momento haciendo la misma pregunta de todos los días, descubierto y estrictamente cortés, la vemos emocionada, su orgullo domado y convertido en humilde dolor, habiendo desaparecido todo lo demás.

Seis largos meses habían pasado desde la primera visita cuando llegó mediados de Octubre. Desde hacía algún tiempo las cartas eran menos frecuentes, y una ó dos veces había ido el conde sin hallar nada. Le costaba trabajo el creerlo. La segunda vez cuando ya se marchaba, volvió á entrar y rogó á la joven que buscara de nuevo. Lo hizo para satisfacerle, aunque sabía bien el resultado. Llevó el paquete entero de las cartas á la verja, y los dos inclinados y cada uno inquieto por distinta causa, leían uno á uno todos los sobres. Sus cabezas se tocaban casi á través de los barrotes, pero ni aquel día se le ocurrió entrar en el despacho para buscar más cerca de ella, con ella.

¿La pobre madre dormitaba entonces? Permanecía silenciosa en su butaca y su corazón palpitaba tanto como el de su querida hija. ¿Qué hacer? Agravada su enfermedad desde hacía algunos días, no podía levantarse. Un movimiento brusco hubiese advertido á su hija de que estaba descubierta, y por decirlo así esto habría sido aire para el incendio secreto que acaso permaneciendo encerrado se habría apagado. La prudente madre permaneció callada guardando sus pensamientos.

Por tercera vez volvió él y no había tampoco cartas. Insistió de nuevo siempre muy cortés, como un hombre á quien la inquietud extravía un poco y que no se cuida de disimularla. Ella, en medio de la habitación de pie, más pálida que él, respondía con monosílabos, sin comprender apenas, hasta que de repente, se sintió desfallecer, quiso agarrarse á la verja y cayó

desvanecida. La madre que desde el principio no había dejado escapar nada, levantándose súbitamente del sillón en que los dolores la habían postrado; y tratando de levantar á su hija exclamaba con algún extravío : ¡ Oh, señor ! ¡ Mi querida hija, mi pobre hija! ¿ Qué habéis hecho? Señor, ¿ no adivináis? El mozo avanzó, franqueó la verja y entró por la primera vez en el despacho. — ¡ Demasiado tarde !

Con frecuencia entre los sentimientos humanos que podrían completarse y satisfacerse en una mutua dicha, hay por obstáculo... ¿ qué? ni muralla, ni tabique, ni verja de hierro, sino una sencilla verja de madera entreabierta. ¡ No se mira á través, no se adivina, se muere y se deja morir !

Christel se repuso lentamente y al abrir de nuevo los ojos vió á Hervé cerca de ella como si esperase su vuelta y contestó á su primera mirada con una sonrisa. Volvió los días siguientes, y ya no pedía más cartas pues no vinieron (al menos las escritas por la misma mano de antes).

Un singular y conmovedor concierto y tácito se estableció entre los tres seres. Ninguna explicación fué pedida ni dada. La madre no habló á su hija del asunto. Hervé, atento y discreto, volvió y con ellas pasaba varias horas todas las tardes. Comenzaba á apreciar á aquellas dos personas tan nobles y tan distinguidas. La debilidad de Christel continuaba, la palidez y el frío no habían abandonado á sus mejillas, pero sus ojos azules de un azul celeste parecían agradecer una dicha. La enfermedad física la obligó á guardar cama y ya no permanecían en el despacho. Una persona que había indicado Hervé, una mujer vieja y de toda confianza y capaz pasaba el día por un sueldo módico tras de la verja y contestaba á los que llegaban sin abandonar la costura. Hacia vida en una habitación próxima á la de Madama M... La ventana daba al jardín, y siendo el muro de éste muy bajo, se veía á lo lejos las praderas y las colinas despojadas de hojas pues ya había llegado el invierno. ¡ Cómo este cuarto

de una sencillez y original elegancia, que adornaba un retrato del padre y el arpa de Christel ¡ ay ! entonces muda, hubiera sido risueño en Verano al lado de sus adorables moradores. Hervé pensaba esto cuando caían las primeras nieves.

La terrible estación no estuvo para ellos exenta de dulzuras. Sin interrogarse se contaban su vida pasada y entre las de ambos había muchos puntos de contacto. Hervé y Christel no tenían necesidad de confrontar mucho sus almas pues ha dicho el poeta :

Se conocen de siempre cuando se aman.

Pero es muy dulce reconocerse, hacer paso á paso los descubrimientos en una vida amiga como en un país desconocido, gozar día por día de lo nuevo, apenas imprevisto, que se parece á reminiscencias ligeras de una antigua patria y á los sueños de oro de la cuna.

En poco tiempo tuvieron pasado de sus amores. La familia de Hervé tenía alianzas en Alemania y él mismo conocía el idioma. ¡ Qué alegría para Christel, y qué enternecimiento para la madre, el encontrarse con él como en un rincón libre y extenso del bosque de los abuelos ! La pequeña biblioteca de Christel poseía algunos volúmenes traídos de allá por su madre, y él les leía á veces odas de Klopstock, algún poema de Mathisson, una literatura alemana ya un poco vieja, pero elevada y cordial siempre. Un libro entonces nuevo y que Hervé llevó, hizo las delicias de muchas horas, *Las Meditaciones poéticas*, y más de una vez leyendo estas elegías de un duelo tan melodioso, tuvo Hervé que detenerse emocionado, y como asido por un rayo de una ilusión dolorosa. Aquella arpa inmóvil en un ángulo del cuarto, atraía toda sus miradas y habría deseado que Christel tocase, pero la debilidad de la muchacha no lo habría permitido sin una extrema fatiga. Esperarían á la Primavera y ella la saludaría con un cántico más gozosos después de tanto silencio. Tuvieron días de felicidad, sin demasiado prevenir.

Hervé amaba á Christel. ¿ La amaba con el verdadero amor que no es ni agradecimiento, ni compasión, ni siquiera apreciación honda, razonada y sentida de todos los méritos y de todas las gracias? Pues el amor en sí, no es nada de eso, y hasta en algunos momentos se pasaría bien sin todo ello. No me atrevo á afirmarlo rotundamente por lo que concierne á Hervé; pero la amaba con ternura, la quería más que á una hermana, y cierto es, que desde el segundo día de esta intimidad pensó en delicados y leales proyectos. A medida que conoció mejor los orígenes de Madame M... previó menos obstáculos por parte de su familia. Muchas veces las proposiciones para el porvenir habían errado en sus labios, y sólo la timidez, este pudor de todo efecto sincero, había hecho sus palabras menos precisas que él lo hubiera deseado. Una tarde que habían hablado mucho de curación y de esperanza, que habían proyectado paseos á caballo en la próxima primavera, que se proponían ir á los dominios de Hervé, hacia un bosque poblado de árboles centenarios en el que habían vivido las hadas de su infancia, creyó él llegado el momento oportuno, y después de algunas palabras sobre su madre, á quien había hablado, decía de esta visita deseada: « Ya es tiempo de que conozca á quien ha de ser su hija. » Christel se estremeció y se detuvo. Hizo un gesto con la cabeza, lanzó una mirada al cielo tan resignada, tan agradecida y tan negativa á la vez; y con una pálida sonrisa manifestó que presentía la inutilidad de los proyectos relacionados con una enferma como ella, que la madre y Hervé cambiaron miradas anegadas en llantos.

Llegaba la Primavera, los brotes reventaban y los pájaros piaban en las ventanas lo mismo que cuando Christel hacía un año, había observado las cartas fatales por primera vez. El horizonte campestre del pequeño salón se volvía ya verde y hacía presagiar la sombra y las flores. Christel no abandonaba este cuarto, en donde habían colocado una cama oculta tras de unas cortinas. Se levantaba y permanecía todo el

día en una silla. A pesar de su debilidad creciente, desde hacía algunos días parecía mejorada; había más movimiento en sus miradas, más color en sus mejillas y todo en ella parecía indicar la influencia de la feliz estación. Hervé esperaba y durante dos horas al sol hablaba del porvenir. Christel se había prestado á la ilusión y había trazado ante Hervé con todos los detalles de deseos y consejos, una vida de felicidad y de virtud que él escuchaba. Pero ella se sabía de antemano ausente excepto de allá arriba para bendecirle: « Viviréis en vuestras propiedades, pues París y el mundo no os llaman demasiado... ¡ Hay tanto que hacer para que el bien sea duradero y seguro! Cuidaréis de los odios de allí abajo, y trataréis de buscar la consolación aquí. » Y la familia y los hijos también eran motivos de conversación, embelleciendo ella sus deberes: « Tendrán las mismas hadas que vos en los mismos bosques. » Hervé no quería oír más, se perdía en un santo gozo, y al caer la tarde, animado por aquellas palabras, expresó su deseo de una pronta unión, y esta vez, sea porque ella se sintiese muy débil después de tantos esfuerzos, ó acaso enternecida, le dejó explicarse hasta el final sin interrumpirle; cuando hubo acabado vió en la sombra una mano blanca que buscaba la suya. Se la dió y sintió que una mano temblorosa, la de Christel, no se retiraba sino después de haberle dado la de su madre. Un largo silencio de emoción siguió; se había hecho de noche y sólo se oía un suspiro. Al cabo de algunos momentos, entró la criada sin que la hubiesen llamado trayendo un quinqué; La luz alumbró la frente blanca de Christel, que estaba echada hacia atrás, con los ojos dormidos para siempre.

¡ Oh muerte, cuántas formas diversas tienes que hasta el que te encontró una vez, puede hallarte una nueva! Se te ha visto cuando te apegas á la juventud y á la belleza, encarnecerte con violencia, y golpe tras el golpe, como el hacha del leñador, tú mismo, aplacable en agonías terribles. Otras veces te has

BIBLIOTECA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

mente, arruinando al mismo tiempo la envoltura y el alma, operas grado por grado la obra de la destrucción en la naturaleza floreciente, destrozas todo con un arte cruel antes de asestar el último golpe al corazón, y una vejez de centenaria marcas en los rostros de veinte años. Mas otras veces, y cuando te sirves, ¡oh Clemente! de tus flechas más suaves, no haces más que debilitar, disminuir insensiblemente el aliento, conservando á los rasgos toda su armonía y á la frente todo su puro contorno, y cuando le das el beso glacial parece una última corona. — ¡Oh, muerte, cuántas formas diversas tienes, tantas casi como el amor!

Al día siguiente Hervé se llevó á la madre al castillo de su familia, en donde la rodearon todos los miramientos y por su parte un cariño filial. Esto no duró mucho tiempo, pues al final del otoño fué á unirse con su hija, el único tesoro que había perdido bajo las primeras hojas caídas de los árboles del cementerio.

¿Y qué fué de Hervé? ¡Oh esto importa menos! Aun los más sensibles ¡tienen siempre recursos y tantas sucesivas juventudes! Volvió al mundo, las pasiones políticas le distrajeran, acaso también tuvo otras pasiones. Sea lo que sea lo que haga, se acuerda eternamente al menos, de aquel divino dolor de la muchacha, y en sus buenos y graves momentos, bajo esa nieve que la edad puso en su cabeza, hace el refugio secreto de sus más puras tristezas, y la fuente más segura de lo que le resta de inspiraciones desinteresadas.

« ¡Qué verdad es! — dijo una mujer joven y bella que había escuchado en silencio esta historia — ¡oh hombres, cuántas existencias como estas os son precisas para formar un recuerdo! »

15 Noviembre 1839.

LAS FLORES

APÓLOGO

Una tarde de Otoño, en un castillo por el que pasó Voltaire (1) dos ó tres mujeres jóvenes y muy espirituales, hablaban de metafísica, espiritualismo puro y estaban de acuerdo en que el alma no es solamente una cosa aparte, sino que lo es todo. Al día siguiente alguien que las había escuchado escribió:

Había una vez una bella exposición de flores en la Naranjería del Luxemburgo, la más bella que se había visto hacia mucho tiempo. Querría poder decirlos los nombres y, sobre todo, los matices de estos admirables productos en los que el arte del jardinero se había excedido á sí mismo, pues eran flores compuestas y no sencillas, y habrían hecho falta sabias continuaciones y afortunados caprichos para obtener aquellas variaciones tan escogidas. No siendo Madama Sand, no las describiré, ni siquiera las nombraré por temor á una grosera confusión. Lo único que sé decir es que eran flores raras, de calidad, de noble porte, vivas ó suaves de color, exquisitas de perfume. Una tarde, en que el público se hubo retirado, que los últimos y moribundos rayos de sol alumbraban la *serre*, que los cálices que se abrían al día no se habían cerrado y que los que esperan la noche para abrirse comenzaban á separar sus hojas, en esta hora encantadora, las más nobles de las flores se acercaron unas de otras, y haciendo un grupo en un rincón del invernadero, se

(1) El castillo de Maisons.